



A la izquierda, el castillo de Gondar, el «Camelot africano»; a la derecha, las cataratas Tisat. | MIQUEL SILVESTRE

# El reino del preste Juan

Tras las huellas del jesuita Pedro Páez, uno de los primeros misioneros, en Etiopía

➔ Miquel Silvestre

Un mito del Medioevo fue el reino africano del Preste Juan, un próspero territorio más allá del Sahara donde regiría un príncipe cristiano. Los exploradores europeos hasta el XVI persiguieron con ahínco un sueño que los avances geográficos desvanecían. Hasta que Bartolomé Díaz dobló el Cabo de las Tormentas en 1488 y abrió la ruta africana hacia las Indias Orientales que realizó por primera vez Vasco de Gama diez años después. Cuando los portugueses exploraron la costa Este se toparon con el imperio del Negus, quien gobernaba una nación cristiana rodeada de musulmanes: Etiopía.

La única frontera abierta hoy desde Sudán es la de Metema/Galabat. En la oficina de inmigración el funcionario lleva una cruz colgando del cuello. Muchas mujeres la llevan tatuada en la frente. La religión es omnipresente. El cristianismo llegó en el siglo IV gracias a misioneros sirios. Ocurrió durante el reino de Aksum, etapa de gran esplendor que se prolongaría hasta el siglo VII, época en que los árabes comenzaron su expansión militar. Con el ascenso de este nuevo poder hegemónico, Etiopía quedó aislada de la Cristiandad.

Los verdísimos montes del norte etíope están divididos en cuadrículas de labor. Aquí maíz, al otro lado cebada, más allá cebollas y pimientos. Esta zona alta es un vergel. Sin embargo, no es oro todo lo que reluce. Etiopía ha sufrido una atroz deforestación para alimentar su creciente población de más de 75 millones de habitantes. El país está superpoblado. La carretera es obligado compartirla con burros, vacas y cabras. Revirada, atraviesa decenas de aldeas. Las casas están construidas con techo de paja y un armazón de madera sobre el que se aplasta barro para armar paredes. Hay gen-

te por todas partes. Los niños corren detrás del motorista. Todos tienden la mano pidiendo dinero y de vez en cuando le arrojan piedras.

## Gondar

Gondar es conocida como el Camelot africano. En el centro asaltan los típicos guías para visitar el concurrido castillo de Fasilides, quien convirtiera la ciudad en su capital en el siglo XVII. Fasilides era hijo de Susinios, el emperador amigo del jesuita madrileño Pedro Páez (Olmeda de las Cebollas 1564), enviado desde Goa junto a otro sacerdote. Disfrazados de mercaderes, su barco fue abordado por piratas yemeníes. Obligado a recorrer a pie el inmenso desierto, pasó cautivo seis años antes de poder ser rescatado. Tras regresar a Goa, conseguiría pisar Etiopía en 1604.

Susinios le brindaría la oportunidad de visitar en las montañas Sahala las fuentes del Nilo Azul al sur del lago Tana, en la ruta principal a Addis Abeba y en las proximidades de las cataratas del «Agua que echa humo», situadas a 30 kilómetros por una pista sin asfaltar de la agradable ciudad lacustre de Bahir Dar. Suceso que finalmente se produciría el 21 de abril de 1618.

«Y confieso que me alegré de ver lo que tanto deseaban ver antiguamente el Rey Ciro y su hijo Cambises, el Gran Alejandro y el famoso Julio César», escribiría en su libro «Historia de Etiopía».

## Gorgora

El camino se torna grava durante cincuenta kilómetros. Una gran nube se asienta sobre el horizonte. Pronto adquiere una tonalidad ominosa, gris plomo, preñada de lluvia. Empieza a descargar. Enfilo la embarrada senda, atravieso otro poblado, subo una loma y entonces lo veo. Al fondo, marrón y agitado, el lago Tana. Una larga recta lleva hasta Gorgora, aldea de apenas un centenar de casas.

Aquí Páez diseñó un palacio catedral para su amigo Susinios, al que convirtió al catolicismo. Esa conversión tuvo mucho de política. El imperio etíope se las veía con un enemigo formidable: el Islam. Los portugueses eran un gran aliado, pero prestaron ayuda a cambio de admitir a los jesuitas. Tras la conversión del emperador a una fe extranjera comenzó una guerra civil. Fasilides retornó a la ortodoxia y expulsó a los colonos portugueses.

Antes de eso, Páez vino a Gorgora varias veces para supervisar la construcción del complejo. En su última visita cayó enfermo. El 25 de mayo de 1622 murió y sus compañeros lo enterraron allí. Sin embargo, no resulta fácil visitar su sepultura. El palacio está lejos de la actual aldea. Resulta imposible llegar en coche 4x4, pero tal vez en moto pueda conseguirlo.

## La tumba de Páez

El primer escollo es el puente caído. Vadeo un torrente cuyo cauce está lleno de grandes piedras. Estas rocas picudas y sueltas serán una angustia constante. Proceden de la antigua calzada. Es como si un arado gigante hubiese arrancado las piedras dejándolas en la peor posición posible. A veces sólo queda una estrechísima vereda por la que apenas puede pasar una persona.

Al fondo se erige una montaña sobre la pequeña península. Comienza la última ascensión. Al paso abierto en la maleza no se le puede llamar siquiera camino. La selva nos traga. Encuentro en pie el esqueleto del palacio y los restos de un torreón. Alrededor yacen esparcidas las piedras que forjaron los muros de las iglesias. Los labriegos las usan para construir sus casas.

Nada recuerda al jesuita madrileño. El inglés Speke tiene una placa en el lago Victoria de Uganda como descubridor de las fuentes del Nilo Blanco. Páez un agujero negro en un lugar remoto. Cuán diferentes son las naciones en el trato dispensado a sus mejores hijos.



De izquierda a derecha, el lago Tana, un hombre armado con su hijo en las proximidades de la tumba de Páez, que se encuentra entre los restos de la construcción que levantó. | MIQUEL SILVESTRE